

MÉXICO Indígena

Revista mensual

Enero de 1990

Número 4

... en movimiento



Carlos Chimal
Rafael Torres Sánchez
Maya Lorena Pérez
Lucía Alvarez
Laura Velasco
Ken Light

Fotos:
Eniac Martínez

**San Diego Connection/ Mixtecos en Guadalajara
Mixes en el DF/ Mazahuas en Ciudad Juárez**

sumario

Umbral 5

Debate indigenista

Política de las diferencias. *Francisco J. Guerrero y Héctor Tejero* 6
Los paseos de la reforma. *Teresa Valdivia* 7

Paco 9

Veredas 10

•

Ser mazahua en Ciudad Juárez. *Maya Lorena Pérez* 15
Voz. Cerca de lo lejos. *Lucía Alvarez Enríquez* 23

•

Lecciones de Uxpanapa. *Marilyn Gates* 25
Retrato. La tierra prometida. *Rafael Torres Sánchez* 29

•

Movimiento perpetuo. *Carlos Chimal y Eniac Martínez* 33

•

Mixtecos: una cultura migrante. *Laura Velasco* 46
Fiestas de identidad. *José Lameiras* 50
Purhepecha nipani erandero. *Julio Serna* 55

•

Hamaca. Viajes al desierto de la soledad, *Jan de Vos* (comp.) / Política cultural para un país multiétnico. *Margarita Nolasco y Rodolfo Stavenhagen* (comp.) / Cuentos del desierto. *Emma Dolujanoff* 58

•

Líneas 65
Página final. El tubo. *Ken Light* 68

Ser mazahua en Ciudad Juárez

Maya Lorena Pérez

Aproximadamente doscientas familias mazahuas viven y transitan por Ciudad Juárez. Los podemos ver por las calles céntricas, los puentes internacionales y las avenidas residenciales ofreciendo sus mercancías. Son mujeres, niños y hombres adultos que según sus posibilidades venden pepitas de calabaza, chicles, dulces y chocolates importados, frutas, productos de barro, de madera y mimbre, y productos industriales y semi-industriales.

— A las Marias se les reconoce porque usan delantal y esos rebozotes y esas trenzotas que nuestras inditas (tarahumaras) no usan. Acá no se acostumbran, las vemos raras, feas, amamantando sin vergüenza a sus hijos en las calles — explica una mujer rubia de las clases altas de Chihuahua.

A los hombres es más difícil identificarlos. Con pantalón, sombrero y botas norteadas su presencia se diluye entre los otros miles de rostros morenos que abundan en la ciudad. Quizá sólo cuando hablan se les nota cierta entonación y una forma especial de organizar las palabras en español. Por eso, el foco de atención lo constituyen sobre todo esas mujeres rodeadas de niños que se sitúan en los puentes internacionales, y al no percibirse la presencia de sus hombres se cree que éstos holgazanean mientras ponen a sus mujeres a vender o a pedir limosna. Nada más falso.

Entre los mazahuas, que han salido de su tierra para buscar mejores opciones de vida, todos trabajan. La familia completa se desplaza a diferentes puntos a buscar ingresos. Ensayan estrategias de venta, prueban lugares para situarse, van cambiando de productos y hasta de ciudad. Los niños aprenden rápido a hacer cuentas y a ofrecer igual que sus madres chicles y pepitas entre los transeúntes. Las mujeres sin niños caminan por las calles llevando sus dulces en canastas hechas de madera o llevando a sus espaldas los artículos de mimbre que pueden cargar. Los hombres empujan carritos con frutas y aguas de la estación; están en los cruceros ofreciendo cigarros, ollas, fundas, manteles y jarrones, a las orillas de las principales carreteras vendiendo autopartes para automóviles y camiones: espejos, parachoques, cubreasientos, adornos de peluche, defensas y rines cromados.

Pero ¿quiénes son y qué significa seguir siendo mazahua en una ciudad como Juárez que se calcula ha llegado a tener millón y medio de habitantes?

Pocos en Juárez conocen quiénes son y de dónde vienen los mazahuas. Para la mayoría, las mujeres se engloban en el término genérico de “marías” lo cual significa indígenas, pero no tarahumaras sino “del sur”. Pobres, ignorantes y sin la cultura, ni la lengua, ni la educación de los mexicanos. En cambio los hombres no son una presencia explícita que despierte comentarios especiales, salvo para las clases medias, curiosamente nacidas en su mayoría también en otros lugares que cuando se refieren a los campesinos llegados del sur a buscar trabajo, dicen que causan problemas por el acelerado crecimiento demográfico: aumentan la demanda de servicios, provocan escasez de productos, inflación, y “les tenemos que dar educación y cultura”.

— Muchas veces nos confunden, no nos conocen — cuenta un miembro del grupo —, hay otros que no son mazahua; parece que son de por allá de Puebla, de Oaxaca, pero les dicen mazahua. Otras veces nosotros les decimos que no somos, que somos de acá, de esos tarahumaras, para que no nos regresen.

Los que han llegado a Juárez son principalmente de dos poblados del municipio de Temascalcingo, Estado de México: Santiago Coahochitlán y Santa María Canchesdá, aunque hay algunas familias de San Juanico. En Santiago viven solamente indígenas, mientras que en Santa María conviven con mestizos (que se consideran blancos, no indígenas).



Dibujos de Alberto Castro Lefiero

Maya Lorena Pérez: antropóloga. Una versión más amplia de este trabajo fue presentada por su autora en el I Congreso de Historia Regional comparada, en Ciudad Juárez, abril 1989.

Estos últimos son dueños de grandes extensiones de tierra y de bodegas para almacenar la alfarería producida localmente.

— Allá se siembra el maíz, algo de frijol, chile y calabaza, pero son territas de temporal, no hay riego. Por eso también hacemos ollas, cazuelas, barriles para el agua, jarritas. Todo de barro. Pero sale caro, ya se acabaron los árboles, hay que comprar la leña para el horno, y la greta... esa que se le pone a la loza para que brille y se vea bonita... La milpa da sólo para comer, la olla sí se vende pero al acaparador que paga rete barato, por eso siempre le andamos buscando por nuestro lado para venderla — explica un mazahua que ahora vende jarrones de estilo japonés.

— Así llegamos acá —complementa otro mazahua—. Primero anduvimos por México, luego por Sinaloa. ¡Conocemos Navojoa, Hermosillo, Tijuana, hemos andado también por acá deste lado por Nogales, Sonora!. Y hay otros que andan por Reynosa, y Matamoros. Sí, parientes de los de aquí, para vender, pura venta; el comercio es lo que nos gusta. Los mazahuas somos comerciantes.

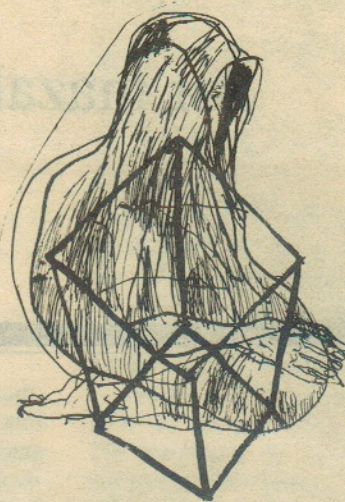
Y es que los mazahuas que están en Ciudad Juárez ni cruzan la frontera para trabajar en Estados Unidos como jornaleros, ni es fácil que se contraten en las maquiladoras como obreros.

— Antes para entrar a la maquila se necesitaba saber leer, escribir y tener 16 años. Ahora los que contratan andan de casa en casa invitando a las muchachas de 14 años; sólo piden eso y el acta de nacimiento. A mi hija la vinieron a invitar pero yo no quiero. En la maquiladora se trabaja mucho y se gana poco. No tienen libertad de, si les da sed, ir a tomarse un refresco. Además es peligroso. Una muchacha de aquí se murió envenenada en una maquiladora —cuenta una mujer mazahua de la colonia Revolución Mexicana.

El comercio en cambio, a pesar de las dificultades que enfrentan, les permite mantener el control sobre su trabajo, su tiempo y su vida. Una relativa independencia que les posibilita transitar entre su cultura y el mundo de los otros. Les da acceso a nuevos recursos, les permite apropiarse elementos de otras culturas para fortalecer la suya, y a fin de cuentas conservar una identidad propia, orgullosa y persistente, que les da pertenencia, los remite constantemente a un territorio y a una historia, y los dignifica y defiende frente a la subordinación, el menosprecio y la incompreensión de amplios sectores de la sociedad nacional que no los respeta.

Conservar las diferencias, hablar en otra lengua, también tiene ventajas en un ámbito en el cual los mazahuas son minoría, y donde están sujetos a manipulaciones e intereses que no les son favorables. Se habla el mazahua en el ámbito familiar y frente a los extraños su idioma envuelve la privacidad de sus diálogos. Sin embargo, después de tantos años de estar en la frontera, entre las nuevas generaciones hay quienes ya no quieren hablar su lengua. Es el español entremezclado con palabras en inglés, con los modismos propios de la frontera norte, el que los jóvenes practican cuando pasean por el parque, van al beisbol o a las discotecas a bailar. Aun así, entre los mazahuas adultos existe la confianza de que su lengua no se perderá para siempre.

— Yo a mis hijos les hablo en mazahua todo el tiempo cuando estamos en la casa, pero no la saben hablar bien — explicaba una mujer de la colonia Revolución Mexicana—. Es que ya nacieron acá. Los criados en el rancho, como los de mi hermana, esos sí la hablan. Pero los de acá que están yendo a la escuela ya no quieren. Sí entienden, pero no les



gusta hablar. Yo digo que les da pena, y si hablan es así, muy despacito, como que les cuesta trabajo pensar lo que van diciendo. Pero eso no me da pendiente. Siempre habrá quien la hable, cuando vean que sirve. Mire, cuando estamos en la junta, con los líderes de las colonias, o de los comerciantes, nomás no nos parece algo y hablamos puro mazahua para ponernos de acuerdo, y ellos no entienden nada. Sólo se nos quedan viendo sin saber qué hablamos. También cuando andamos en la calle nos ayudamos: sirve para hacernos el paro.

Sobre cómo llegaron los mazahuas por primera vez a esta ciudad se cuentan tantas historias como casos. Vendiendo alfarería que se transportaba por tren o autobús metida en cajas de cartón y que se pregonaba en "carritos de push". Probando con chicles, o pidiendo limosna. Primero cerca de su pueblo, luego cada vez más lejos. Probando, arriesgándose, aprendiendo.

— Yo primero me vine para Tijuana, en camión; no sabía vender, nomás pedía, en la calle; pero eso no me gusta. Entonces se me ocurrió vender chicles —cuenta una mujer que ahora vende artesanías de madera—. También anduve para México, por el rumbo de la Merced. Por ahí vive mi tía, esa fue la que nos enseñó a vender. Nos poníamos afuera del Metro de Chapultepec, en las banquetas, con fruta, dulces. Luego llegaban los policías y nos levantaban; nos subían a las camionetas y nos quitaban la venta, pero entonces yo me puse lista, y los niños me gritaban cuando venía el inspector, o el policía. Luego ya la hice mejor, cuando veía venir al policía le mandaba con mi niño una bolsita con naranjas y adentro un billete, un peso, dos. Ora ya no valen; serían como cien o mil de los de hoy. Las otras decían ¿y por qué a tí no te levantan? y yo pues les decía, no sé, pero es que ya le había agarrado el modo. Casi todos los que estamos acá ya conocemos otros lugares.

En la cabecera municipal de Temascalcingo, entre los no indígenas se dice que fueron ellos como clase, los acaparadores y dueños de las bodegas de cerámica, los que abrieron las rutas comerciales hacia la frontera.

— Había un señor, muy bueno con los mazahuitas, que les compraba sus ollas —relata la dueña de un restaurant—. Se llamaba Don Carmen Garduño, que en paz descansa. Fue el primero en salir para Ciudad Juárez. Sus hijos siguen comprando y tienen bodegas en los dos lados. Ese señor primero vendía en México, y luego se fue para el rumbo de Guadalajara y Guanajuato. Vendía lo que llevaba, compraba ollas, vajillas, macetas de las que hacen por allá y las traía

para vender. Así se fue yendo a la frontera. Tenía camiones y se llevaba mazahuas como peones. Eran los que le ayudaban a vender. Se cargaban la mercancía y la ofrecían por las calles. El camión se quedaba parado y de ahí salían los peones a vender cada quien por su lado. Ahora tienen sus camiones propios y son buenos para pagarlos, rápido y con placas de aquí de México, no de la frontera. Aprender les costó muchas vidas. No sabían manejar en esas carreteras del norte; no son lo mismo que las de aquí. Muchos se accidentaron, se murieron, y llevaban a sus esposas y a sus hijos.

Ahora, después de casi treinta años los mazahuas han conseguido asentarse principalmente en dos colonias de la periferia. En la Revolución Mexicana están las familias de Santa María Chancesá, que fueron de las primeras en llegar a Juárez acompañando a los acaparadores-vendedores de loza. Y en la Granjas, que colinda con la División del Norte, están los de Santiago, que no sin conflictos han aprendido el camino de los de Santa María. Las viviendas las hacen ellos mismos. Primero de cartón y madera, luego de adobe o adobe. Construyen rápido, comentaba una de las "líderesas" de la Alianza de Colonias Populares afiliada al PRI. Ellos no se quedan viviendo en casas de cartón. Se apuran para levantar bien sus casas. Cada piedra, cada minuto es dinero para ellos. Lo convierten en dinero trabajando duro, aprovechando todo. Muchos tienen casas mucho mejores que otros que no son indígenas y que vienen de Zacatecas, o del mismo estado de Chihuahua, por eso nos caen bien y los admiramos.

Los predios se escogen para quedar cerca de los padres, de los hermanos, de los tíos. De modo que las familias mazahuas de un poblado han terminado por construir un bloque de viviendas que constituyen una especie de isla, o de territorio mazahua propio, dentro de las dos colonias donde viven. Tienen su propio campo de fútbol: un terreno baldío que todos conocen como la cancha de los mazahuas.

De manera semejante a como se acostumbra en sus pueblos para la siembra, para las ceremonias religiosas y para la vida diaria, se ayudan a salir adelante. Se cuidan los hijos unos a otros, incluso por meses, cuando alguna familia tiene que viajar y los niños van a la escuela. Se ayudan para comprar la mercancía, se comunican lo que mejor se vende, se alertan si hay peligro con los inspectores de comercio, las trabajadoras sociales y la policía. La solidaridad sigue las líneas de parentesco al interior del grupo. Pero es abierta, en bloque cuando se trata de defender a un mazahua frente a la arbitrariedad de la policía, o de las autoridades.

Parecería que los mazahuas que viven en Ciudad Juárez no tienen una organización propia que los aglutine como miembros de una etnia. Pero su identificación y su pertenencia a una misma colectividad cultural se reproduce a través de los mecanismos tradicionales de comunicación y convivencia, manteniendo las redes de alianzas familiares y grupales, y conservando las pautas de comportamiento ceremonial que los comunica, física y emocionalmente con su lugar de nacimiento. Las colonias donde viven están a unas cuadras de distancia. Las casas de los mazahuas están construidas una al lado de otra y la vida cotidiana está entrelazada en todos sus ámbitos. Los nacimientos, los bautizos, los matrimonios, las defunciones, son esos espacios en los que se expresan y reafirman los compromisos, las lealtades y la pertenencia.

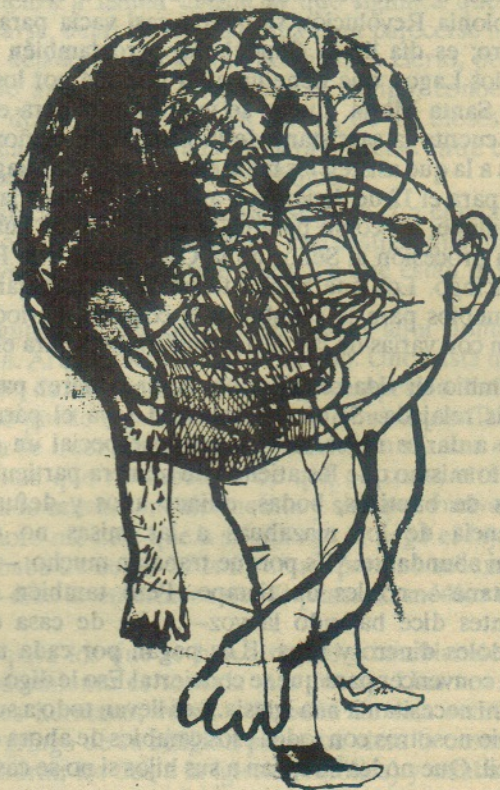
No es común que se casen con gente que no sea del grupo. Las uniones se dan con mazahuas que se conocen cuando se regresa "a México" a las fiestas, o entre los que viven en Ciudad Juárez. Antes la gente de Santa María y Santiago

no se querían. "¡Uuh, si uno de Santiago iba a buscar novia a Santa María hasta lo acuchillaban!, pero ya no. Acá sí se pueden casar los de la Revolución, de Santa María, con los de la Granjas, que son de Santiago", platica una señora, miembro de una de las primeras familias en llegar a Juárez.

— Yo sólo conozco a una muchacha que tiene de novio a uno que no es mazahua, pero tiene que platicar con él a escondidas y por eso ya no se habla casi con nadie de ellos — comenta una vecina que vive en la misma colonia.

En cambio, como colonos y como vendedores ambulantes los mazahuas han tenido que incorporarse a organizaciones políticas más amplias, que rebasan sus límites étnicos, pero que a la vez les permiten continuar conservándolos. "Yo soy de la Asociación de Comerciantes Ambulantes, de la CROM, —explica un mazahua de la colonia Revolución Mexicana—, eso ayuda para que no me quiten mi mercancía y no me metan a la cárcel. Mi permiso lo saqué hace muchos años, entonces costaba como mil pesos. Mi esposa también tiene permiso, y mi hija, pero ellas están con otro líder, porque con el que yo estoy ya se habían acabado. Antes sí había líderes mazahuas, de esas mismas organizaciones, ¡huy había muchos! pero luego se vio que eso quitaba mucho tiempo para vender. Que las juntas, que ir de un lado a otro. Ora sólo queda mi suegra de aquí de la Revolución. Ella si va a las juntas todos los jueves. Pero un líder, líder como mazahuas, como grupo de mazahuas, no hay. Los líderes de esas organizaciones son los que nos defienden. Los de la Granjas son los que se las ven más duro con los inspectores. Muchos no quisieron sacar permisos cuando se podía. Decían que para qué, que así se podía vender. Y ora ya no se puede. Ya no los dan, ni dejan estar en el centro. A una señora de allá, de la Granjas, ayer la corretearon para quitarle su mercancía porque estaba en el puente. Nomás la agarraron porque se cortó un pie con un vidrio y no pudo correr fuerte".

Las luchas entre las organizaciones populares afiliadas al PRI (CRT, CNOP, CNC, CROM, CTM), los enfrentamientos de éstas con algunas independientes (CDP), y del PRI con el



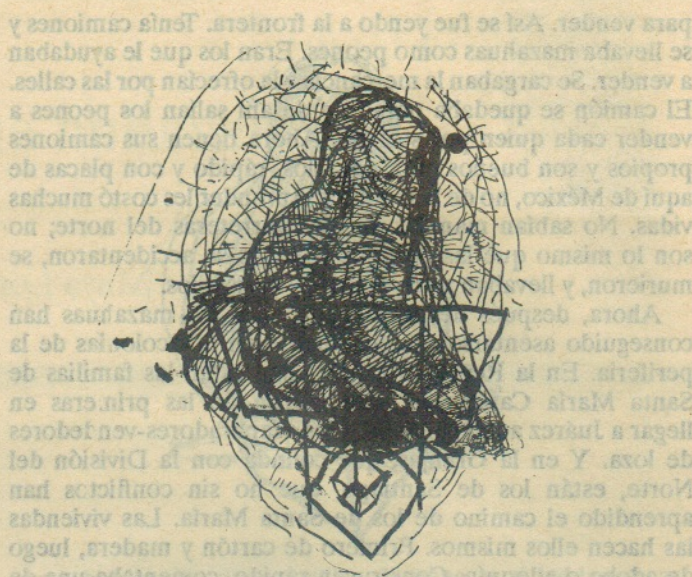
PAN, han permitido a los mazahuas aprovechar varias de esas organizaciones para su propio beneficio, ya sea como colonos o como vendedores ambulantes.

El ser mazahuas, el ser diferentes, les ha permitido permanecer ajenos a los conflictos suscitados entre diferentes líderes al interior de las colonias, y entre las propias organizaciones. No se les exigen lealtades de la misma manera que al resto de sus afiliados. Se les perdonan conductas "raras" por ser indígenas, por manifestar comportamientos extraños calificados de muchas maneras por los líderes. Mezcla de enojo, paternalismo, condescendencia, asombro y divertida admiración.

—¡Ah, los mazahuas! —comenta un líder de la Alianza de Colonias Populares— les ayudamos para que tuvieran terrenos a condición de que se salieran del puente, y ya ve, hasta la fecha siguen allí. Les tocaron los mejores terrenos; fue hace más o menos ocho, o diez años, con el Licenciado Manuel Quevedo Reyes. Sí, en el 79 estaban aquí los primeros vendiendo. Se ponían en el puente y la 16 de Septiembre y pues se les quería quitar de allí. Entonces el licenciado les ofreció dos manzanas de lotes en la colonia Revolución Mexicana. Primero nadie quería esa franja porque allí estaban los mazahuas y ahora todos los envidian; les pasó por allí la calle pavimentada, y tienen agua, luz. Pero nada que se salieron. ¡Y nos han jugado chueco! Cuando ganaron el Ayuntamiento los del PAN, que se vuelven panistas. Pero qué quiere usted, ni nos enojamos.

Pese a la complejidad de su vida en la frontera, y resistiendo los problemas de la distancia y el tiempo, los mazahuas conservan los vínculos con su región de origen. Van a comprar o a vender mercancía. Visitan a sus familiares. Mantienen sus tierras, que continúan sembrando. Y están allí para las celebraciones religiosas importantes: las fiestas a los Santos Patronos, la procesión del Señor de la Coronación, y para pagar promesas. Participan en la danza de las pastoras, si son mujeres, o, si son hombres, en la danza de los macheteros, o acompañando a los Santos a caballo. "Por eso la colonia Revolución se queda casi vacía para el dos de febrero; es día de la Candelaria, pero también de San Juan de los Lagos, que tiene un altar por allá por los cerros cerca de Santa María. Luego se vuelven a ir para el 27 de agosto", cuenta la sacristana de la Capilla del Señor de los Afligidos a la que asisten los mazahuas. Los de Santiago van a su tierra para el 12 de diciembre, a la celebración a la Virgen de Guadalupe, así como para el 31 de diciembre cuando se realiza la procesión al Señor de la Coronación y la Feria de Temascalcingo. Los que tienen tierras y las trabajan, están en sus pueblos para la siembra y la cosecha, periodos que coinciden con varias de las fiestas importantes para ellos.

En cambio su vida religiosa en Ciudad Juárez parece un poco más relajada. Si bien a solicitud suya el párroco ha accedido a darles un servicio religioso especial un día a la semana, lo mismo que los atiende de manera particular para los casos de bautizos, bodas, quince años y defunciones, la asistencia de los mazahuas a las misas no es muy regular ni abundante. "Es porque trabajan mucho, —explica la sacristana— no les da tiempo. Pero también son los protestantes dice bajando la voz—. Van de casa en casa ofreciéndoles dinero y ropa. ¡Les pagan por cada uno que ayudan a convencer para que se convierta! Eso le digo al señor cura: así ni necesitan ir a la iglesia. Les llevan todo a sus casas. En cambio nosotros con todos esos cambios de ahora es hasta más difícil. Que no les bautizan a sus hijos si no se casan, que



las pláticas antes de casarse. Por eso mucho mejor se van a bautizar a su hijos allá en el pueblo, en lugar de aquí".

En contraste está la constancia y la dedicación para cumplir con sus obligaciones religiosas en la región de origen. No importa transportarse más de 24 horas, gastarse cantidades importantes de dinero en pasajes y comida para la familia, ni reparan en el tiempo que le dedican a ello. Al contrario, las fechas para las cuales regresan son esperadas y anheladas durante todo el año, y son motivo de pena y tristeza para los que por alguna razón no pueden ir a su pueblo ese año. "Nomás pensamos y pensamos lo que estarán haciendo allá, y nos ponemos bien tristes. Hasta llegamos a platicar, que por qué acá no lo hacemos también, y nos animamos, pero no hay quien sepa tocar el violín, ni quien dirija las danzas y sepa los cantos" manifestaba una señora que no había podido viajar ese año para asistir a las fiestas.

Sin embargo, y a pesar de que en ocasiones se manifiesta ese deseo de reproducir en Juárez algunas de las celebraciones, es palpable por la conducta de los mazahuas, que la eficacia de éstas y las promesas sólo tienen resultado para aliviar enfermedades, para mejorar la suerte y para dar gracias, cuando se realizan en el lugar de origen. Por eso continúan pidiendo y prometiendo, por la salud de sus hijos y el bienestar de la familia, a los Santos que están allá. Y es por eso también que los quetzquemets usados por las mujeres en las danzas, tejidos en telar de cintura y bordados a mano con colores rojos, magentas y azules, no son transportados a Ciudad Juárez y se quedan esperándolas en su casa, en sus pueblos, en sus tierras.

Entre los mazahuas no todo es fácil ni ideal. Las opiniones que los mazahuas despiertan entre la población que los rodea son contradictorias y complejas. Siempre se refieren a "ellos", a los "otros", a los que no son como los demás. Opiniones que se traducen en actitudes y presiones que actúan sobre la identidad mazahua. Les marcan límites, influyen permanentemente en su autoestima, y están presentes siempre a la hora en que, como individuos, como familias, como grupos, han de tomar decisiones sobre su futuro, su pertenencia y su continuidad como mazahuas.

La nueva situación de los mazahuas es también motivo de comentarios diversos entre las personas "blancas", no indígenas de Temascalcingo. Por cientos de años ellos han controlado el comercio y representado a las clases hegemónicas de la región. Y si en gran medida se han



visto beneficiados con los nuevos ingresos de los mazahuas, los comerciantes indígenas son una creciente competencia con sus mercados móviles. Hoy en día, no es extraño encontrar, durante la feria principal de Temascalcingo, muchos camiones, propiedad de mazahuas, cargados de mercancías que son vendidas en las principales calles. Baterías de cocina de aluminio, vasos, platos, cucharas y demás artículos domésticos son ofrecidos por medio de altavoces en apetecibles ofertas para la población.

Sin embargo, aun con sus mejoras económicas, su cada vez mayor capacidad de compra, y su gusto por los artículos industrializados, los mazahuas, para la mayoría de la población que los rodea, así como para ellos mismos, continúan siendo diferentes. No importa que cambien su forma de vestir, que vayan a la escuela, que hablen español, que en ocasiones tengan más dinero que algunos blancos, porque los elementos que se enfatizan para diferenciarse no radican entonces en la pobreza o la ignorancia, sino en algo confuso que hace referencia a la civilización y la cultura. Pero si bien los mazahuas son vistos como un solo grupo, lo cierto es que también entre los mazahuas hay diferencias, no sólo por el lugar donde nacieron sino también por lo que tienen. No cualquiera puede salir a probar suerte. Es más fácil para quienes cuentan con familiares que les sirven de guía, los hospedan, los enseñan, y los apoyan. También se aventuran aquellos que cuentan con ahorros, o los que tienen el apoyo crediticio de los acaparadores. En cambio los que sin tener nada de eso se arriesgan a salir, lo hacen como peones de los que sí tienen. Algunos logran mejorar; otros desisten y regresan a donde nacieron.

Las diferencias se expresan en el tipo de mercancía que venden, en si son dueños de camiones o no, y en la calidad de la vivienda que tienen. Desigualdad que implica competencia, conflictos, rencores y que se manifiesta de muchas maneras.

— Esos de enfrente son familiares, pero tienen buena casa porque se volvieron hermanos. Unos gringos que vienen del Paso cada semana les dan dinero para que se conviertan. Levantaron casa de material, tienen camión. Ellos se cambiaron de religión por unos frijoles, por unos pesos; nosotros no quisimos porque somos católicos como nuestros padres y vamos cada año al pueblo para la fiesta de Santiago. Y eso que mi tía era maestra de pastoras, les enseñaba a cantar, pero ora ya no le gusta porque es hermana. Nosotros no. No traicionamos a Jesús por unos frijoles. Así se expresa

una mujer que sigue viviendo en una casa de cartón que apenas soporta el frío invierno de Ciudad Juárez.

De manera igualmente dolida un alfarero de Santiago que no puede salir a vender decía: “los que están en Juárez desconocen. Si uno llega se hace como que no lo conocen. Pero cuando regresan sí saludan —¡qué pasó!— como si nada. Allá lo dejan a uno dormir en la calle. Son malos. Por eso no salgo. Pero aquí la vida está dura. Mucho trabajo. Hay que comprar la madera para el horno, el aserrín, la greta, y luego los que compran la loza pagan poco. Una docena de maceta mediana la pagan a diez mil pesos. No sale el gasto.”

Los que no viajan a la frontera salen a vender una o dos semanas y regresan a sus pueblos. Van a la Ciudad de México, a Guerrero, a Tabasco, a Campeche, “a casi todos lados del país— explican con tono triunfal algunos jóvenes en Santiago—, pero siempre regresan a su casa que está en el pueblo. Vendemos anaqueles de metal, lámparas, forros, manteles. De todo. Se tiene que cambiar de mercancía porque se quema. Si se ve que se vende todos quieren traer lo mismo y la gente ya no compra. Entonces hay que cambiarle y así nos vamos”.

Para los que viven en Juárez su condición los hace presas de violaciones constantes a sus derechos humanos, civiles y laborales. Son agredidos por pandilleros y policías al salir del cine. Se les estafa en cualquier oportunidad. Se les menosprecia y ofende. Pero cuando regresan a su tierra, mucho de su apariencia y su comportamiento altivo y retador, los asemeja más a cientos de jóvenes fronterizos que a sus propios familiares. Y es que algunos mazahuas que han vivido desde su nacimiento en la frontera, si bien regresan a pagar promesas y a visitar a sus familiares, lo hacen armados de cámaras fotográficas, con lentes oscuros, vestidos como pachucos, vaqueros y cholos, o con ropa a la moda y el pelo rizado. Y si en la frontera son indios y su identidad mazahua parece fuerte, en las comunidades de donde salieron sus padres, y que de alguna manera también son las suyas, se les comienza a llamar *tánguicha* que significa que quieren blanquearse, dejar de ser mazahua para parecerse al blanco. No han dejado de hablar el mazahua, es cierto, pero no es lo mismo aprender la lengua en el campo, conociendo el nombre de las plantas, de los cerros, de los dioses ocultos, que aprenderla en las ciudades para moverse entre camiones y “ruterías” y defenderse de los cholos.

Y destacarse como diferentes se paga con el rechazo que inventa o acrecienta diferencias, que castiga, que marca una línea divisoria entre los que son y los que están dejando de ser.

—Algunos de los de Juárez vienen aquí nomás hacer desorden. Arman pleitos, toman mucho. Uno hasta mató a un muchacho de aquí, comenta un viejo campesino de Santiago. Ese ya no puede regresar acá, lo andan buscando. También se les acusa de traer enfermedades. Ahorita anda una epidemia de granitos que no sabemos de qué se trata; el doctor ya ha probado muchos medicamentos y siempre vuelven a salir. Una señora me dice que a su niño se lo pegó el hijo de uno que acababa de llegar de la frontera, pero no sabemos si sea cierto —dice la enfermera del dispensario médico en Santa María.

— Y para los que se han atrevido a cambiar de religión el enfrentamiento es todavía más fuerte. Una vez vino ese que ya es hermano, venía a la boda de una sobrina suya. Trajo al gringo de su religión para que viera la costumbre de acá. Entraron los dos a la iglesia (católica) y estaban nomás mirando. Así nomás en la puerta. Entonces que el Padre

levanta la hostia para consagrar y que cae desmayado el gringo!, ya se andaba muriendo. Lo sacaron luego luego. Sólo así se salvó —contaban entre risas los campesinos que comían después de haber sembrado la parcela de uno de ellos—. Y a esos que se han cambiado de religión —sentenciaba una mujer ya grande— a ver donde los entierran. Porque en el panteón de aquí ¡no!

Conservar la identidad mazahua en Ciudad Juárez también es una decisión compleja. Aunque son una minoría respecto a la multitud de inmigrantes que han poblado esta ciudad son una referencia pública permanente. Su obvia presencia en los puentes internacionales “que son las puertas más importantes de entrada al país”, y su establecimiento en comercios ambulantes en las calles del centro, los hace ser objetos de continuas campañas de desalojo. Se les mete a la cárcel, se les quita la mercancía, se les amenaza. Y aunque tampoco son la mayoría entre los comerciantes ambulantes que son desalojados, son tomados como la presencia visible a combatir. El estigma por ser indígenas los hace ser merecedores de los ataques que en general están dirigidos a los que, como ellos, han llegado a las ciudades fronterizas a buscar opciones sin una profesión, o sin querer incorporarse a las filas de trabajadores que pierden su independencia económica y su salud contratándose para las maquiladoras de firmas transnacionales.

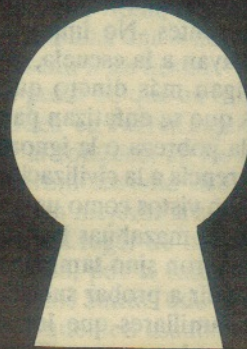
— Yo no he ido a vender estos días porque estoy mala de un pie. Es que antier me agarraron. Pero nomás porque al ir corriendo me encajó un vidrio. ¡Y ya no pude correr! Cuando me alcanzaron, una de esas trabajadoras sociales, me dice, ¡para qué corres, ni que fuera el diablo!, pues como si lo fuera, le dije. Y que me quita todo. Nomás decía, ¡ay! yo quiero un chocolate; y yo otro decía el policía. Hasta que se lo repartieron todo —así contaba una mujer mazahua en medio de las interrupciones de su primo, quien agregaba indignado: —Ya hasta andan diciendo que dizque las van a meter a la cárcel, que las van a acusar de explotar a los niños porque los ponen a trabajar. Al tribunal, creo que le llaman. Que si a la primera no entienden y siguen en el puente les quitan a los niños. Sabrá si será cierto, pero algunos ya se quieren ir.

Los medios de comunicación hacen suyas sin ningún recato las voces de los comerciantes e industriales interesados en el desalojo de los vendedores ambulantes. El Centro Empresarial, la Cámara Nacional de Comercio, y las clases medias y altas de Ciudad Juárez se quejan por el excesivo número de vendedores “callejeros, ilegales” que afectan a los comerciantes establecidos, y se lamentan por “el mal aspecto que dan”. Y de entre ellos los mazahuas, las “marías”, son especialmente atacadas “porque afean la ciudad”, “porque dan aspecto de miseria en la primera puerta de entrada al país” y porque no los pueden obligar a que se contraten en las maquilas. Y aunque sus condiciones de vida de ninguna manera son peores que las de los miles que habitan las colonias periféricas, pues incluso son mejores que las de muchos, son foco permanente de reportajes y noticias amarillistas que fomentan la idea de que los indígenas “invaden” por miles la ciudad, que éstos son ignorantes y sin cultura, y que viven en las peores condiciones de miseria e insalubridad.

A través de confusas campañas como la de “limpia de malvivientes” en las que sin distinguir, son englobadas acciones contra “vendedores ambulantes, menores limpiavidrios, marías, vagos y malvivientes”, las autoridades municipales de Ciudad Juárez colaboran con la policía y el Servicio de Inmigración y Naturalización de El Paso, Texas, para limpiar los puentes de “pedigüeños” y proteger a los ciudadanos estadu-

nidenses que diariamente cruzan el puente internacional. Por ejemplo, la nota del *Diario de Juárez*, del 24 de septiembre de 1988, decía en una de sus partes: “Se ha establecido una vigilancia permanente y coordinada entre la policía de El Paso y Ciudad Juárez. La operación “limpia de malvivientes” en esos cruces fue implantada el pasado jueves, y se mantendrá durante la noche y principalmente en horas de la madrugada, ya que en estas últimas es cuando se han registrado dos homicidios en los últimos meses”. Así, con información confusa, datos distorsionados, fotografías y grandes encabezados, preparan constantemente a la opinión pública para que acepte las campañas contra los mazahuas, que ahora incluyen la deportación de los indígenas, disfrazada de buena voluntad, dentro del propio territorio nacional.

En el diario *El Fronterizo* se leía el 2 de octubre de 1988: “En breve la ciudad se verá libre de vendedores ambulantes sin permiso, pedigüeños, vagos y marías, ya que se ha establecido un operativo que llevará como fin el retirarlos de la vía pública e integrarlos a otra actividad productiva. En caso de que no deseen trabajar en algún empleo establecido, de los que hay gran demanda en la ciudad, se seguirá vigilando las zonas desalojadas para evitar que vuelvan y si lo hicieran serán detenidos. Asimismo, los cientos de menores que se encuentran realizando labores de limpiavidrios, chicleros, limosneros y otros, serán enviados al Tribunal para Menores, a donde deberán asistir sus padres para que sean investigados en caso de que conozcan las actividades de sus hijos”.



**¡ÁSOMESE A LA MEJOR
LITERATURA POLICIACA!**



EL JUGLAR EDITORES

Por eso, de los mazahuas que llegan a la frontera sólo algunos se quedan, y otros prefieren regresar a su tierra.

—Yo no me regreso porque todavía no tengo nada—, comentaba una joven mazahua mientras trabajaba en la recién aprendida producción de sus “jarrones”, y no tiene chiste regresar como me vine. Ya empecé a levantar mi buena casa pero allá en el pueblo. Aquí no he levantado más que esa casita (de madera y cartón) porque aquí no me gusta. Quiero juntar más para tener qué darle a mis hijos. Poder poner un negocito... Darles escuela para que no los traten como a nosotros... Cuando yo estoy aquí me siento disminuida. ¡Así de chiquitita! como que no valgo nada, con mucha tristeza. ¡Pero cuando regreso a mi tierra, allá sí me siento fuerte, como persona!

Qué difícil resulta entonces la decisión de seguir siendo mazahua en Ciudad Juárez, y qué difícil resulta también dejar de serlo. Ser mazahua en Ciudad Juárez representa un conflicto permanente; en él se enfrentan fuerzas e intereses opuestos. Conservar la identidad significa mantener una pertenencia y una personalidad que los defiende, que les permite cierta independencia, que les da cierto control sobre sus vidas. Es conservar los espacios de organización y solidaridad que les permite enfrentarse a medios hostiles y desconocidos. Es mantener en la conciencia esa continuidad en el tiempo que les asigna un lugar en el mundo. Es mantener el valor de saberse parte de una cultura que ha sobrevivido al tiempo y a los extraños. Por tanto es también la fuerza que los sostiene. También significa continuar siendo el centro visible de las agresiones. Ser diferente, aumenta las restricciones. Las posibilidades del cambio están limitadas por el propio grupo que vigila, y por las dificultades y fronteras que establecen las clases hegemónicas para que los grupos indígenas puedan participar igualitariamente en la sociedad. Los mazahuas de Ciudad Juárez conservan su



identidad, pero ¿de qué identidad se trata?; “los mazahuas somos comerciantes”, y recordamos a los que están en Santiago sembrando maíz, ofreciendo primicias en las orillas de las milpas con los primeros elotes. Se hablan en mazahua, pero al oírlos hablar intercalando vocablos típicos de la frontera, pronunciando palabras en inglés, uno se pregunta si aún recordarán las palabras para dialogar con los señores de las profundidades, dueños de los montes y caminos, y si aún persiste en su memoria el nombre de las plantas y los suelos, de cada pedacito de la planta del maíz, carne de su cuerpo, alimento de su cultura.

Hasta hace poco las fronteras étnicas que confrontaban y limitaban su identidad eran pocas. Estaban ellos, los jiáto, los blancos o nguicha, y los ñojo y otomíes, único grupo indígena contemplado en su lengua. Ahora son muchas más. Su universo de interrelaciones se ha ampliado. Los blancos ya no son sólo mexicanos, ahora existen también los turistas, las autoridades y los policías gringos. Hay muchos más indígenas que ellos y los otomíes. Y en el último peldaño además, mereciendo su desprecio y enojo, están los cholos.

Regresan para las fiestas y allí danzan; retoman el ritual y el quetzquemétl. Los viejos cantos regresan a sus labios, obedecen antiguas ordenanzas y reconocen a sus autoridades. Pero ¿hasta donde agrandarán los mazahuas que los acogen en sus pueblos las fronteras, los límites de la identidad, para continuar llamándolos mazahuas? ¿Cuánto a su vez, los mazahuas que no salen, tendrán que cambiar para adaptarse a las novedades que los que migran incorporan continuamente a su vida? ¿Hasta dónde no son, paradójicamente, esas mismas innovaciones las que permiten la adaptación y la continuidad de la identidad de los mazahuas a sus nuevas condiciones?, y ¿hasta dónde, todos ellos, podrán sin reconstruir un sólo proyecto que los una, continuar llamándose mazahuas?

Y esos que nacieron allá, en la frontera, ¿de dónde son? ¿cuál es su tierra? Identidad-territorio-cultura, trinomio que se decía indisoluble, se estremece. Treinta años, nuevos hijos, nuevos paisajes, nuevos sueldos, y una misma identidad que se renueva.

Por todo eso ser mazahua, y continuar siendo mazahua en Ciudad Juárez es resistencia e innovación. Enfrentamiento y aprendizaje. Continuidad y cambio. Ser mazahua ha de ser una lección de fuerza y de historia que debemos tener presente todos.

